

Pequeña por su extensión: Grande por su Industria

YA en 1907 decía «ABC» con motivo de una Exposición Industrial que se celebró en Rentería: «Los que no conocen Rentería, no sabrán seguramente que es aquel el pueblo más industrial de España, y casi puede afirmarse que del mundo, porque, ni en Suiza, ni en Alemania, ni en Bélgica, ni en los Estados Unidos, habrá probablemente un pueblo tan pequeño por su extensión y por su población, que tenga establecido el número de industrias que cuenta Rentería».

Aquel certámen se organizó para celebrar la inauguración de las escuelas fundadas por don Pedro Viteri. Fué visitado por los Reyes y por cuantas personas interesadas en el progreso patrio desfilaron aquel verano por San Sebastián.

Y el periódico añadía: «Tan pequeño es Rentería, según queda expresado, que su vecindario no alcanza a más de tres millares de habitantes, y su término municipal no pasa de tres kilómetros cuadrados. Pues bien, en su exposición de industrias locales están representadas catorce fábricas de importancia. Convengamos en que si cada pueblo de España fuese un Rentería, nos reiríamos de las naciones más prósperas y adelantadas. Cuando se habla de regeneración (y se habla mucho) sería preciso fijar los ojos en pueblos como Rentería para señalarle como testimonio único, irrecusable».

Los términos altamente elogiosos en que daba el periódico la noticia de la Exposición, muestran lo que en aquella época era ya la industria renteriana, que desde entonces no ha hecho más que continuar su desarrollo con un impulso cada día más acelerado.

Como nota curiosa podemos citar las industrias renterianas que en aquella Exposición estuvieron representadas. Las citan los señores Múgica y Arocena en sus notas al libro de Gamón «Noticias Históricas de Rentería». Por orden de instalación eran las siguientes: Fábrica de Rosarios, de don Francisco Nogués; Sociedad de Tejidos de Lino de Rentería; Fábrica de Achicorias, de don José Pérez; ídem de cognacs, de Henri Garnier y Compañía; ídem de mármoles de San Marcos; La Papelera Española; La Fabril Lanera; La Real Compañía Asturiana; La Fabril Ibero-Belga; Fábrica de Galletas «La Ibérica»; ídem de licores, de Roger y Compañía; e ídem de Tejidos de Lino, de Echeverría y Compañía.

Esta relación de industrias que para aquellos tiempos parecía asombrosa—y no digamos que no lo fuera—podría continuarse hoy con otra, larguísima, de las fábricas y talleres que desde entonces se han abierto en Rentería. Y el horizonte industrial se hubiera extendido aun más, a no ser por el peligro que suponen las inundaciones. Afortunadamente las esperanzas de que el problema de encauzamiento del río Oyarzun va a entrar en una fase de solución definitiva, parecen ser fundadas.

* * *

Para encontrar en la Historia el abolengo de la industria renteriana, tendremos que remontarnos a la época de los asfilleros. Los de la Magdalena y de Ugarritza construfan todavía en el siglo XVII barcos de 800 toneladas para la Armada Real.

En el Registro de las Juntas Generales celebradas en Hernani el año 1596 se lee—según don Serapio Mú-

gica—una carta del capitán Agustín de Ojada, por lo que se viene en conocimiento de que Rentería proveyó, en 1593 y 1594, a dicho capitán de los árboles necesarios para los veintinueve galeones que construyó en años sucesivos, por cuenta de Su Majestad, en los astilleros de la villa.

Un renteriano, el capitán Juan de Amasa, llegó a distinguirse, durante el reinado de Felipe IV, como el más enterado fabricante de navíos del reino. Construyó muchos con técnica tan acabada que el mismo Rey, habiendo venido en conocimiento de ella, le hizo encargos de mucha responsabilidad, prefiriendo sus servicios a otros que se le ofrecían.

La industria de los astilleros se fué extinguiendo cuando la arena empezó a cegar los canales, que ponían a aquellos en comunicación con el puerto de Pasajes. En los libros de actas del Ayuntamiento, y con fecha 1650, se lee que hacía 30 años había quedado suprimido por esa causa el trabajo de los astilleros del Arrabal.

En un informe remitido por la villa a la Academia de la Historia se dice que, en el año 1772, al hacer un ensanche hacia el muelle en la plaza del Arrabal, apareció una escalera de piedra arenisca, de la que sólo se veían cuatro escalones; los demás estaban cubiertos por el agua y el fango. Cerca de la escalera se descubrió también una argolla de hierro sujeta al muro del muelle, con lo que está claro que existió allí un embarcadero.

A juicio de don Francisco de Gazcue, en un artículo publicado en la «Revista Internacional de Estudios Vascos», el mar llegaba, en algún tiempo, no demasiado remoto, hasta

muy cerca de Oyarzun, según parece demostrarlo la configuración del terreno.

Pero las actividades marítimas de Rentería cesaron, como se ha dicho, al cegarse los astilleros. En 1884 sólo quedaban dos barcas de pesca, porque el trabajo de los naturales de la villa se orientaba ya hacia otros derroteros.

El año 1881 existían ya cuatro fábricas de tejidos de lino. La primera en importancia industrial, y también cronológicamente, era la llamada Sociedad de Tejidos de Lino, que se estableció en 1845. Dicen los señores Múgica y Arocena que ocupaba entonces a 507 obreros y que su capital social era de 2.600.000 reales vellón. Tenían una máquina a vapor de 20 caballos de fuerza. De las tres fábricas restantes, una tenía un motor hidráulico, y las otras dos trabajaban exclusivamente con telares manejados a mano. La producción de las cuatro fábricas era, aproximadamente, de 1.600.000 varas de todas clases de tejidos lisos y cruzados, desde 4 a 22 hilos en cuarto de pulgada y muchos desde 19 pulgadas hasta tres varas. Los precios oscilaban entre 1,75 y 17 reales vara, según la calidad y la anchura.

Estos son los orígenes de la industria renteriana. Una vez que se haya disipado el peligro de las inundaciones y merced a la paz duradera que la victoria nos ha asegurado, Rentería continuará siendo el pueblo que asombra al mundo por la mayor pujanza industrial en el más pequeño perímetro.

JUAN DE HERNANI